

*La novela histórica desde la perspectiva del año 2000*¹

NICASIO SALVADOR MIGUEL

RESUMEN

El presente trabajo analiza algunos de los rasgos que configuran a la novela histórica como género literario. El estudio más pormenorizado de dos obras concretas (*En busca del unicornio* de Eslava Galán, y *El mal amor* de Fernán Gómez) permite no sólo precisar tales características, sino también destacar los riesgos y las posibilidades de este tipo de novelas.

Palabras clave: novela, novela histórica, literatura española actual.

ABSTRACT

This study focuses on some of the features that shape the historical novel as a literary genre. The analysis of two specific works (*En busca del unicornio* by Eslava Galán and *El mal amor* by Fernán Gómez) allows not only to specify its main characteristics, but also to underline the possibilities of this kind of novels.

1. EL SINTAGMA ‘NOVELA HISTÓRICA’

El sintagma ‘novela histórica’ parece encerrar dos conceptos antitéticos, al menos si se escarba en la acepción que cada uno de los términos presenta por separado. Así, sin entrar en profundas disquisiciones que no hacen al caso y sirviéndonos sin más de las definiciones que aporta el *Diccionario* académico, se

¹ Estas páginas constituyen, con modificaciones mínimas que no afectan a la sustancia, el texto de la conferencia inaugural del Curso *La novela histórica desde la perspectiva histórica del año 2000* que, bajo mi dirección, se celebró en El Escorial, como parte de los Cursos de Verano de la Universidad Complutense, entre el 31 de julio y el 4 de agosto de 2000. Me consta que, sin mi permiso expreso, el texto se difundió a través de Internet, de donde algunos han sacado jugosas notas.

entiende por *novela* «la obra literaria en que se narra una acción fingida en todo o en parte», mientras que la *historia* se contempla como «la narración y exposición verdadera de los acontecimientos pasados y cosas memorables».

Por tanto, mientras a la novela la define específicamente la ficción, a la historia la caracteriza la verdad (el intento de indagar críticamente la verdad, podría matizarse); y, si la historia solo puede ocuparse del pasado, aunque sea el inmediato de ayer, y siempre con remisión a una cronología específica, el argumento novelesco puede desarrollarse en la ucronía (como en algunas novelas utópicas) o en un futuro más o menos cercano (como en las novelas de ciencia-ficción).

Además, por lo que atañe al propósito, la novela, por mucha carga docente que pueda conllevar, pretende divertir estéticamente, pero la historia busca instruir mediante la reconstrucción de sucesos.

2. ¿PUEDE EXISTIR LA NOVELA HISTÓRICA?

Estas reflexiones nos conducen, de entrada, a preguntarnos si puede existir la novela histórica y, en el caso de una respuesta afirmativa, a demandar qué queremos decir cuando empleamos tal denominación. Del problema se han ocupado teóricamente varios estudiosos² y valdría con remitir a los mismos.

Pero, como no quiero tirar la piedra y esconder la mano, añadiré un poco más, advirtiendo de que, en efecto, para algunos «la novela histórica[...] no existe»³; una novela «será buena o mala, pero una novela dicha histórica no es sino una novela, como cualquier novela *no* dicha histórica»⁴. Los pareceres de Díez de Revenga y Muchnik podrían complementarse con otros matices, como la afirmación del segundo de que «*toda novela es histórica* [...]». ¿O está ausente la historia en el *Ulises*, de Joyce? ¿O está ausente la historia en *El proceso*, de Kafka?»⁵.

Tales asertos invitan, por supuesto, a la consideración. Empezando por el final, ciertamente casi todas las novelas discurren en una ambientación temporal y local y, en tal sentido, podría admitirse que «*toda novela es histórica*», aunque desde luego habría que sacar del elenco las novelas utópicas y las de ciencia-ficción, y, por supuesto, de ningún modo podrían entrar en la categoría de históricas novelas cuyo desarrollo se ubica en el futuro, por mucho que Muchnik defienda la idea cuando asegura, extendiendo sus argumentos al cine, que «hasta en las películas como *Bladerunner* la historia está presente, la his-

² En el citado Curso, lo hicieron J. Romera Castillo y Álvaro Pombo.

³ F. J. Díez de Revenga: «La Edad Media y la novela actual», *Medievalismo*, 3 (1993), p. 69. «La novela histórica, como género, no existe» afirma M. Muchnik: *Lo peor no son los autores. Autobiografía editorial 1966-1997* (Madrid, 1999), p. 289.

⁴ M. Muchnik, p. 289.

⁵ M. Muchnik, p. 289; los subrayados son suyos.

toria futura por cierto, impecablemente entretejida con nuestro presente en evolución»⁶.

Con todo, resulta evidente que el rótulo de ‘novela histórica’ no es de hoy ni de ayer y, además, se halla vigente en la crítica literaria para caracterizar conjuntos de novelas pertenecientes a diversos períodos, como sucede, por caso, para el Romanticismo, cuya producción novelística cae en su casi total integridad bajo ese marbete⁷.

Otra cuestión es si todos empleamos unívocamente la denominación de ‘novela histórica’; y ahí sí me parecen aceptables, en principio, las prevenciones terminológicas de Muchnik que le llevan a hablar de la «novela dicha histórica» o de las «novelas llamadas históricas»⁸.

3. LA ACTITUD DE EDITORES, LIBREROS, LECTORES Y AUTORES

La verdad es que, si la crítica echa mano del nombre de ‘novela histórica’ como algo establecido, pocas veces se ocupa de concretar con qué acepción exacta lo utiliza, aunque no falten las aproximaciones teóricas de carácter global⁹ y otras más concretas que se encuentran desperdigadas en las páginas dedicadas por distintos estudiosos a una novela o un conjunto de novelas.

La indiferenciación sobre el concepto o su indistinción se extiende asimismo a muchos autores y editores, acrecentándose la confusión entre librerías y lectores.

Comencemos, así, con un paseo madrileño por la Casa del Libro y por dos librerías de El Corte Inglés: las situadas en la calle Preciados y en el Paseo de la Castellana, respectivamente. En las mismas, una superficie importante se dedica a novelas catalogadas expresamente como históricas. Ojeamos y hojeamos entre las estanterías y sacamos algunas conclusiones.

En primer lugar, en el año 2000 los librerías arropan un amplísimo número de libros bajo el rótulo concreto de ‘novela histórica’, lo que muestra que se trata de una marca que consideran diferenciada para ellos y para los lectores. Además, al dedicarle espacios y estantes específicos, deben pensar que el rótulo actúa como atracción para los clientes, es decir, como un reclamo comercial importante.

⁶ M. Muchnik, p. 289.

⁷ Vid. últimamente C. Mata Induráin: «Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española», en K. Spang, I. Arellano y C. Mata, eds.: *La novela histórica. Teoría y comentarios* (Pamplona, 1985), pp. 113-151.

⁸ *Ibid.*

⁹ Vid., por ejemplo, «Apuntes para una definición de la novela histórica», en K. Spang, I. Arellano y C. Mata, pp. 51-87; R. Gnutzmann: «De la historia como literatura y de la literatura histórica», *Príncipe de Viana*, 17 (1996), pp. 153-165.

En segundo término, el examen de las superficies comerciales en que campea la señal de ‘novela histórica’ prueba, sin embargo, el empleo abusivo y confuso de tal nombre, especialmente en lo que atañe al enlace indiscriminado de títulos y géneros, pues las novelas que cabe denominar históricas se mezclan con otras que de ningún modo pueden conceptuarse como tales. Así, en una de estas librerías¹⁰, se encuentran textos como los siguientes que cito por orden alfabético de autores: Hella S. Haasse, *Los señores del té*, que se ocupa de la lucha de un holandés por asentarse en Java; James Joyce, *Ulises*; Alexander Kent, *Misión en Ultramar*, novela de ambientación marítima; varios libros del Nóbel egipcio Naguib Mahfuz, *Hijos de nuestro barrio*, *Palacio del deseo*, *La azucarera*, etc.; Ferruccio Parazzoli y Patricia Chendi, *El príncipe Siddarta*; Rafael Sabatini, *Capitán Blood*, típica novela de aventuras; o Latife Tekin, *El pañuelo turco*.

Esta confusión de los libreros, que puede responder a causas varias (crasa ignorancia, errores de catalogación, indistinción entre obras fronterizas, afán de aprovechar una marca vendible para endilgar productos semejantes), se traslada inevitablemente a una parte considerable de lectores que, en muchos casos, serán incapaces de establecer una distinción neta entre esa maraña de títulos acumulados en las estanterías.

Si pasamos, en tercer lugar, a los editores, cabe observar la especialización de algunas empresas en novela histórica, como, en España, Edhasa o Martínez Roca; la segunda anunció en julio de 2000 la creación del «Premio Nacional de novela histórica Alfonso el Sabio», en colaboración con la Caja de Castilla-La Mancha¹¹.

En otros casos, el sello de ‘novela histórica’ se reserva a determinadas colecciones, como sucede con «Histórica Península», donde se juntan novelas de Jean-Claude Carrière, Martí Domínguez Romero, Richard Howard, Joan F. Mira o Antonio Prieto, y donde el marbete vuelve a emplearse indebidamente, pues en esa serie se incluye, por ejemplo, la novela antes mencionada de Hella S. Haasse.

Algunas veces, la calificación de ‘histórica’ resalta en las portadas de novelas concretas que se integran en una serie más amplia, como en varias de la serie *Jet* de Plaza & Janés Editores, S. A. (*La plaga* de Ann Benson, por caso). En alguna ocasión, el reclamo aparece también en portadas de algunas obras sueltas: así, en la de *El banquete* [1997], de Orazio Bagnasco (Barcelona, Plaza Janés, 1998), se acompaña la siguiente leyenda: «fascinante novela histórica de intriga, erotismo y gastronomía en pleno Renacimiento».

La proliferación de novelas históricas ha llevado a alguna editorial a lanzar colecciones específicas del género limitadas en la cronología. Tal sucede con la Editorial Planeta que, desde 1999 hasta hoy¹², viene publicando una serie titu-

¹⁰ La de El Corte Inglés en el Paseo de la Castellana, donde realicé esta cala específica, el 22 de junio de 2000; supongo que la situación es similar en otros establecimientos.

¹¹ El anuncio aparece en el diario *El Mundo*, el 6 de julio de 2000.

¹² Recuérdese que «hoy» se refiere a julio de 2000. Pero, a partir de septiembre de ese año, RBA inició una nueva colección de ‘Novela histórica’.

lada «Novela histórica de la Edad Media» con periodicidad semanal y venta en quioscos de prensa, lo que no se realizaría si no supusiera un éxito comercial seguro.

En cuarto lugar, el hecho de que distintos editores predefinan como ‘novelas históricas’ colecciones u obras sueltas de su catálogo, con el aval expreso o tácito de los autores correspondientes, no implica que un lector avisado y exigente pueda percibir las como tales novelas históricas.

Tomemos como muestra la citada novela de Ann Benson, *The Plague Tales* (1997), cuya traducción española (*La plaga*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999) incorpora en la portada un reclamo con el nombre de ‘histórica’ (y que hay que suponer admitido por la autora). La novela se desarrolla en un doble plano temporal que sirve para integrar dos relatos paralelos que van contándose en capítulos alternativos: por un lado, las peripecias de un médico judío en 1348, año en que se desató la ominosa peste que diezmó a Europa; por otro, las andanzas de la doctoranda americana Janie Crowe en la Inglaterra del año 2005, momento en que se desata una fatal epidemia con repercusión inesperada, al haber perdido su eficacia los antibióticos y que Janie Crowe consigue curar recuperando unos apuntes que sobre la enfermedad medieval había pergeñado el galeno que vivió quinientos años y pico antes.

Sin entrar en el relato futurista, la parte ambientada en el siglo XIV se inicia en Alcañiz, donde un médico aragonés de origen judío, Alejandro Canches, es encarcelado por diseccionar un cadáver; mas, una vez recuperada la libertad, se traslada a Aviñón y allí el médico papal lo selecciona entre un grupo de colegas para viajar hasta la corte inglesa de Eduardo III, con el fin de ayudar a combatir la peste.

Ahora bien, ¿por qué sabemos que el comienzo de la acción transcurre en Alcañiz? Tan solo porque, antes de comenzar el relato y como si se tratara de una mera acotación teatral, la autora anota: «Alcañiz, Aragón, 1348». No existe, sin embargo, ni un detalle ambiental que nos haga entrever cómo era, a mediados del siglo XIV, ese pueblo que podría haber sido otro cualquiera. Incluso, una ciudad de la importancia de Aviñón queda resumida en unos trazos breves e insulsos, propios de una redacción infantil, de la que constituye buena prueba la descripción monstrenca de la morada del pontífice:

las torres del palacio papal se erguían majestuosas, grandes brazos blancos que intentaban tocar el mismísimo cielo al que dirigían sus súplicas. El sol del atardecer refulgía sobre los deslumbrantes y altos muros, cegando al observador para cuanto no fueran ellos. Alejandro pensó que nunca había visto cosa tan hermosa (pp. 182-183).

En la misma línea de insustancialidad, el trayecto entre Alcañiz y Aviñón de Alejandro (un aragonés que, en sangrante anacronismo, se autodenomina «español»¹³) no le sirve a la autora para recrear en lo más mínimo las caracte-

¹³ Vid. pp. 301, 340.

rísticas de un viaje en la época (etapas, comidas, hospedaje, estado de los caminos) ni tampoco para introducimos con alguna verosimilitud en los efectos de la peste negra, pese a la existencia de una ingente bibliografía sobre tales asuntos.

No defiendo con estas precisiones que la autora hubiera debido hacer una reconstrucción histórica ni mucho menos una novela arqueológica sino que certifico el abuso que editores y autores hacen del marbete ‘novela histórica’, con lo que la confusión se traslada a librereros y lectores.

4. HACIA UN CONCEPTO DE ‘NOVELA HISTÓRICA’

Si las reflexiones precedentes llevan a concluir que la consideración de una novela como histórica no depende de las clasificaciones de editores y librereros y, a veces, ni de la opinión de los autores, puede deberse a que la frontera entre lo que cabe denominar novela histórica y otros tipos de novelas no se presenta nada fácil, hasta el punto de que, en muchos casos, dependerá tan solo de la percepción del lector. ¿Es, por ejemplo, una novela histórica *La fiesta del chivo*, de Mario Vargas Llosa (Madrid, Alfaguara, 2000)? En la misma no existe una recreación minuciosa de Ciudad Trujillo (Santo Domingo), que no le interesa al escritor; pero sí del comportamiento del protagonista y de algunos otros personajes, como los hijos del caudillo o el actual presidente Balaguer, gracias a lo cual se diseña el ambiente de terror impuesto por un gobierno, con propósito de denunciar la corrupción absoluta de la dictadura. En cuanto esa sensación se transmite al lector, la novela puede calificarse de histórica, porque presenta un friso verosímil de treinta años de vida en la República dominicana; pero la novela no se queda en ese registro único y va mucho más allá, sobre todo por la sabia combinación de técnicas narrativas.

Así las cosas, para calificar una novela como histórica debería cumplir unas normas mínimas que, a mi juicio, cabría esquematizar en tres puntos.

Primero, una novela histórica debe ser, ante todo, una novela, es decir, una obra de ficción, de imaginación.

Como segundo rasgo, la novela histórica debe caracterizarse por estar ambientada en un fondo histórico que no puede ser el resultado de unas pinceladas mal hilvanadas. Los personajes pueden ser históricos, inventados o existir una combinación de ambos y han de desenvolverse en situaciones reales o inventadas, pero que no resulten inverosímiles.

En tercer lugar, un rasgo ineludible de la novela histórica debe ser la verosimilitud, para cuyo logro se necesitan suficientes conocimientos sobre la época y el personaje (o personajes)¹⁴. Ese saber evitará los anacronismos en lo que

¹⁴ En sentido similar, se pronuncia F. J. Díez de Revenga: «El novelista «histórico», dicho sea el adjetivo entre comillas, se preocupa porque su realidad inventada sea aceptada como realidad posible por su lector» (p. 70).

atañe a vestidos, monedas, situación sociocultural, etcétera. La importancia de ese rasgo explica el cuidado que le prestan algunos autores, quienes, en aras de la verosimilitud y para facilitar la lectura, incluyen mapas orientativos, como si se tratara de libros de historia: así, en la novela de Gore Vidal, *Juliano el Apóstata*, o en la trilogía sobre Alejandro Magno de Valerio Massimo Manfredi, que cito enseguida *in extensum*; y no falta alguna que termina con una bibliografía como *Kaláat-Horra*, de Antonio Enrique.

5. DOS PARADIGMAS CONCRETOS

Partiendo de estas notas, cabe examinar en la práctica las reflexiones que he venido haciendo mediante la comparación de dos novelas definidas como históricas y que saltaron conjuntamente a la palestra en 1987, al obtener el primer lugar y el puesto de finalista, respectivamente, en el Premio Planeta: *En busca del unicornio*, de Juan Eslava Galán; y *El mal amor*, de Fernando Fernán Gómez¹⁵.

En la novela de Eslava Galán, Juan Olid, escudero y cronista de don Miguel Lucas de Iranzo, cuenta, en primera persona, las peripecias de la expedición que, a fines del siglo xv, conduce al interior del África negra en busca de un cuerno de unicornio, para extraer del mismo «polvos de virtud que son muy salutíferos y necesarios» para Enrique IV. En *El mal amor*, el obispo de Sigüenza, don Simón, obliga a su sobrino —un arcipreste borrachín, mujeriego y poeta— a recluirse, durante un año, en el monasterio de san Dionisio, con la misión de redactar una larga obra en prosa. El resultado es un libro que describe la introducción en Castilla, dos siglos antes, del amor cortés que, llegado de Provenza a través de vates y viajeros, revoluciona los modos de sentir y comportarse.

Independientemente del recurso a una ambientación medieval, ambas obras se inscriben en esa tendencia de una parte de la novelística reciente, donde prima el afán por contar sucesos, si bien los recursos y los logros son muy disímiles. Pues si, por ejemplo, en el libro de Eslava el narrador adopta la actitud del cronista que da cuenta notarialmente de hechos vividos, en el de Fernán Gómez la primera persona sirve para el empleo de una forma epistolar muy vaga que solo se deduce, avanzado ya el relato, de las referencias vocativas al personaje por cuyo encargo se escribe. Además, mientras Eslava consigue hilvanar una historia entretenida que revela una labor cuidadosa y una construcción solícita, aun cuando no falten algunos episodios incidentales, Fernán-Gómez no pasa de desarrollar un argumento pleno de digresiones inmotivadas, deslava-

¹⁵ En lo que atañe a ambas novelas, recojo sustancialmente, con ligeros cambios de redacción, lo que, bajo el rótulo «Desde el medievalismo», escribí en *Diario 16*, 14 de noviembre de 1987. A las dos se refiere también, sin conocer mi trabajo, F. J. Díez de Revenga (pp. 76-81), sin que lo que dice me obligue a cambiar mis juicios.

zado y reiterativo, que no consiguen animar los contadísimos toques de humor ni la viveza del diálogo, anegado en una ausencia de sustancia. Por otra parte, si el lector se ve obligado a descubrir por sí mismo el mensaje de *En busca del unicornio* (acaso, la inutilidad de las empresas quiméricas y la decepción ante los inevitables cambios que el tiempo produce), en *El mal amor* tropezamos con una lección machacona, obsesiva y manifiesta, con la que se nos martillea a lo largo de toda la obra: los peligros del amor frente a la simple lascivia.

Para empezar, el lector de *El mal amor* se encuentra perdido en una cronología indefinida y confusa, ya que, sobre no hallar ni una fecha precisa, tampoco tropieza con un primer indicio cronológico hasta el final del prólogo, cuando el arcipreste (un remedo de Juan Ruiz, de cuyo *Libro de buen amor* se copian varias coplas en versión no siempre exacta) confiesa que el encuadre temporal de su relato reenvía a hechos ocurridos «hace muchísimos años, poco después del reinado de doña Urraca». Auxiliado por un manual cronológico fiable, se hace uno a la idea de situarse después de 1126, en el reinado de Alfonso VII, lo que parece casar con el nexos que, en una ocasión, se supone entre este monarca y el protagonista, don Sancho González de Lodar, o con la referencia que se hace, en otro lugar, a Alfonso el aragonés, que uno, también por su cuenta y riesgo, identifica con el apellidado Batallador. Mas todo este esfuerzo, que apenas ha servido sino para centrarnos en el siglo XII, resulta, en el fondo, bastante baldío. Pues, amén de no existir una estricta isocronía entre los dos reyes (el gobierno de Alfonso VII de Castilla coincide con el de tres monarcas aragoneses: Alfonso I, Ramiro II y Petronila), el narrador se encarga aún de complicar más las cosas, ya que si, en un momento, nos habla de los «tiempos del rey Alfonso VI y los de su madre, la reina doña Urraca», cinco páginas más adelante nos informa de que doña Urraca «había heredado el trono de su padre, el buen rey Alfonso VI», con lo que Urraca resulta, a la vez, madre e hija de Alfonso VI. O, más adelante, don Julián promete a su dama acudir a la conquista de Jerusalén, sin percatarse de que permanece en manos cristinas desde 1099 hasta 1187.

Si algo similar cabría decir de otros aspectos de ambiente, más graves son los reparos que *El mal amor* suscita en lo atinente a la trama. Pues, sobre la inverosimilitud de que en la Castilla del siglo XII el denominado amor cortés hubiera producido reacciones similares a las relatadas, el autor escamotea cualquier explicación de las razones sociales, políticas y hasta religiosas que posibilitaron, desde fines del siglo XI, la aparición y desarrollo en Provenza de un nuevo tipo de poesía que convierte en temas centrales la adoración de la mujer y la pasión amorosa. Del mismo modo, los rasgos con que presenta el novedoso amor (el marbete *amor cortés* no aparece hasta cuarenta páginas antes del final), aunque por lo común cabe considerarlos correctos, se dibujan con tal falta de orden y perspectiva que, difícilmente, aclararán a ningún lector las peculiaridades de los nuevos usos amatorios, cuyos trazos, si no me engaño, ha bebido Fernán-Gómez en alguna traducción del tardío *De amore*,

de Andrés *el Capellán*, que, en gran medida, solo representa sus propias ideas.

Bien distinto es el caso de la novela de Eslava, cuya cronología, aparte de la precisión en lo esencial, ya que los sucesos narrados se enmarcan entre 1471 y 1492, remite, según el hábito de la Edad Media, a las festividades religiosas (Cuaresma, Natividad, Día del Espíritu Santo, etcétera).

Aunque en un par de ocasiones se escapen anacronismos de poca monta, la ambientación histórica responde también a un mimo diligente. Así, tienen fundamento real las veladas alusiones a la impotencia o al posible afeminamiento de Enrique IV, repetidas por varios cronistas coetáneos, o la breve estampa del Rey, inspirada en Alonso de Palencia. En cuanto el protagonista se presenta como servidor de Miguel Lucas de Iranzo, si bien hoy nadie lo considera su cronista, son ciertas las indicaciones sobre el personaje y su entorno, tomadas, sin duda, de la *Crónica* del Condestable. Otras muchas circunstancias se corresponden con la época: la primacía mercantil de los genoveses; la ignominia que supone mesar la barba a un castellano; el uso del alcohol como cosmético para los ojos; las expediciones marítimas de los portugueses y sus recelos respecto a los castellanos por el dominio de las rutas marítimas; la ornitomancia; y un sinnúmero de detalles menudos, entre los que sobresale la perspectiva cristiana del narrador. Eslava, incluso, ha sabido dotar al lenguaje, tanto en el plano léxico como en el morfosintáctico, de una cierta pátina arcaizante que, sin caer en la reconstrucción arqueológica ni mermar su comprensión, comunica al relato un sabor medieval desde que, en la primera página, el lector avisado comprueba con qué galanura se mechan pasajes del *Libro de buen amor*, de donde provienen los rasgos de belleza que distinguen a doña Josefina de Horcajadas.

Por otro lado, por más que de una novela se trate, ni siquiera el argumento carece de verosimilitud, al partir de la atracción específica que suscitó el unicornio entre los hombres medievales, porque, además de su rica y múltiple simbología, el cuerno de esta bestia fantástica se consideró en la Edad Media antídoto contra venenos y, menormente, afrodisíaco. De ahí, las grandes cantidades que llegaron a pagarse por su supuesto cuerno, como testimonian los casos de Jean de Berry, Felipe el Bueno o el duque de Mantua, o los enormes precios que alcanzó el supuesto polvo obtenido de su cornamenta. Pero, desde el siglo I después de Cristo se difundió a partir de Siria, adonde había llegado desde la India, una variante sobre la leyenda del unicornio, cuya más vieja expresión escrita transmiten entre los siglos I y II las *Kyranides* (II, 34); según tal novedad, la caza del unicornio, al que se creía ferocísimo, resultaba imposible a no ser que se colocara ante él a una doncella virgen, a cuyo regazo saltaba y se rendía sumiso¹⁶. Tal pormenor justifica la intervención en el grupo expedicionario de la conquesa Josefina, a la que, en mi sentir, podría habersele sacado mayor partido novelesco.

¹⁶ Para más detalles, vid. N. Salvador Miguel: «Animales fantásticos en *La Celestina*», en *Diavoli e mostri in scena dal Medio Evo al Rinascimento* (Viterbo, 1989), pp. 289-292.

Nos las habemos, en suma, con dos novelas bien diferentes desde la visión de un conocedor del Medioevo. La de Eslava Galán, asentada en lecturas suficientes y en un esfuerzo riguroso, puede contribuir a relanzar el interés por los relatos medievales, al tiempo que ejemplifica lo que cabe considerar como una digna novela histórica. Fernán-Gómez, por contra, al preferir la Edad Media a un universo intemporal para el planteamiento de su tesis, se ha uncido al carro de una moda ocasional y, para emplear el calificativo de Andrenio respecto a varias novelas románticas, ha perpetrado una mascarada.

6. ALGUNAS CONCLUSIONES

En primer lugar, es indudable que, pese al empleo abusivo y confuso del nombre, sobresalen en distintos momentos del siglo XX como autores de novela histórica escritores tan relevantes como los que cito en orden cronológico: Robert Graves, *Yo, Claudio* [1934], Barcelona, Plaza & Janés, 1978, y *Claudio, el dios, y su esposa Mesalina* [1934], Madrid, Alianza, 1978; Lion Feuchtwanger, *La judía de Toledo* [1954], Madrid-México-Buenos Aires, Edaf, 1993; Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano* [1951], Barcelona, Edhasa, 1982; Evelyn Waugh, *Elena* [1960], Barcelona, Edhasa, 1990.

Sin embargo, la revitalización del fenómeno se produce, a mi juicio, desde 1980, tras el acicate de *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, cuyo éxito popular, por cierto, me sigue pareciendo incomprensible¹⁷. El resurgimiento desde entonces explica el interés despertado por el fenómeno en los medios académicos, de lo que constituyen buena muestra tres obras colectivas: *La novela histórica. Teoría y comentarios*, ed. K. Spang, I. Arellano y C. Mata, Pamplona, 1995 (segunda edición, 1998); *La novela histórica a finales del siglo XX*, ed. J. Romera Castillo, Francisco Gutiérrez Carbajo y M. García-Page, Madrid, 1996; y *Congreso Internacional sobre la novela histórica (Homenaje a Navarro Villoslada)*, número monográfico de la revista *Príncipe de Viana* (17 [1996]). A las mismas hay que agregar el número que, bajo la dirección de G. Gullón, dedicó *Ínsula* a *Una nueva novela histórica* en mayo de 2000.

Un índice bien concreto de tal florecimiento lo ofrecen las selecciones bibliográficas sobre la materia¹⁸, a las que hay que sumar un artículo de S. Sanz Villanueva, quien, pese a colocar en 1975 «el momento en que empieza su auge reciente» en España, cuenta entre ese año y fines de 1999 «una cifra superior a

¹⁷ Señalé ya este hecho en mi citado artículo en *Diario 16*; lo repite F. J. Díez de Revenga (p. 70).

¹⁸ Vid. especialmente A. Caunedo Álvarez: «Novela histórica en España y recepción crítica en *El País* y *ABC* (1980-1991). Una bibliografía», en el colectivo *La novela histórica a finales del siglo XX, ob. cit.*, pp. 411-424; J. Romera Castillo: «Selección bibliográfica sobre novela histórica», *ibid.*, pp. 427-439.

los cuatrocientos títulos»¹⁹, aunque se limita a autores españoles que escriben en castellano y coloca «como frontera de lo histórico la guerra civil»²⁰.

El auge de la novela histórica, en segundo lugar, es común a todo el mundo occidental, vale decir Europa y Estados Unidos, como prueban sin más los autores citados a lo largo de este trabajo.

En tercer término, la demanda de novela histórica explica que se hayan sentido atraídos por la misma autores relevantes en otros géneros o variedades novelísticas; así, entre los españoles, Miguel Delibes, Fernando Díaz Plaja, Antonio Gala, Torcuato Luca de Tena, Julio Llamazares, Luis Mateo Díez, Carmen Martín Gaité, Ana María Matute o Francisco Umbral. Además, dadas sus peculiaridades, la novela histórica ha tentado también a historiadores *stricto sensu* como José Luis Corral Lafuente, Ricardo de la Cierva o Manuel Fernández Álvarez; a historiadores de la literatura, como Paloma Díaz-Mas, Antonio Prieto o Carme Riera; o a especialistas en el mundo bíblico, como Antonio Piñero.

En cuarto lugar, como consecuencia de los puntos anteriores, la temática abarca una variada ambientación en todas las épocas de la historia de la humanidad (la prehistoria, Egipto, Troya, la antigua Roma, Bizancio, el mundo de los templarios, los cátaros, la corte de Alfonso X) y una indagación en los personajes más diversos (Ramsés, Cleopatra, Pedro el Ceremonioso, Casanova, la princesa de Éboli, Napoleón, Isabel II, Stalin).

A esa diversidad respondió la organización del Curso citado en la nota 1, en el que se pretendió mostrar, dentro de los límites impuestos por el tiempo, la diacronía ambiental de esta novela que ya ha sido objeto de estudios diferenciados²¹.

El éxito de estos libros, en quinto término, ha originado la aparición de ciclos novelísticos que demuestran la especialización de algunos autores en este tipo de novela. Tal ocurre con el dedicado a la antigua Roma por Colleen McCullough, con *El primer hombre de Roma* [1990], Barcelona, Planeta, 1994; *La corona de hierba* [1991], Barcelona, Planeta, 1994; *Favoritos de la fortuna* [1993], Barcelona, Planeta, 1998; *Las mujeres del César* [1996], Barcelona, Planeta, 1998; y *César* [1998]. Otro ciclo de fundamental importancia es el

¹⁹ Por generosidad de su autor, conocí este artículo cuando aún estaba en prensa, si bien yo había redactado ya las presentes páginas; con todo, pude mechar alguna de sus reflexiones. Vid. ahora S. Sanz Villanueva: «Contribución al estudio del género histórico en la novela actual», *Príncipe de Viana*, LXI (2000), pp. 355-380 [357].

²⁰ *Ibid.*, p. 347.

²¹ Vid., para la época prehistórica, V. M. Fernández Martínez: «La arqueología de la imaginación: Notas sobre literatura y prehistoria», *Arquiteca*, 2 (1991). En relación con el mundo antiguo, vid. E. Montero y M.^a C. Herrero: *De Virgilio a Umberto Eco. La novela histórica latina contemporánea*, Madrid-Huelva, 1994. Para el Medievo, vid. F. Gómez Redondo: «Edad Media y narrativa contemporánea. La eclosión de lo medieval en la literatura», *Atlántida*, 3 (1990); F. J. Díez de Revenga, *art. cit.* Añádase, para tiempos recientes, F. Valls: «Historia y novela española actual», *Historia* 16, 163 (noviembre 1989).

consagrado por Valerio Massimo Manfredi a la figura del célebre conquistador macedonio que, bajo el título genérico de *Aléxandros*, recoge las novelas *El hijo del sueño*, *Las arenas de Amón* y *El confín del mundo* [1998], Grijalbo Mondadori, 1999. Citaré, por último, el ciclo en que Jean M. Auel pretende reconstruir un ambiente de hace 35.000 años, con cifras apabullantes de ventas: *El clan del oso cavernario* [1980], Editorial Mavea, 1987 (28.^a ed., marzo 1999); *El valle de los caballos* [1982], Mavea, 1987 (23.^a ed., septiembre 1999); *Los cazadores de mamuts* [1985], Mavea, 1987 (20.^a ed., octubre 1999); *Las llanuras del tránsito* [1990], Mavea, 1991 (9.^a ed., enero 2000).

Por último, hay que destacar la diversidad de propósitos y de técnicas narrativas, que exigirían estudios pormenorizados²², al tiempo que merecerían indagación meticulosa las razones que conducen al consumo extenso de estas novelas, entre las que se encuentran, en una sociedad en continuo movimiento viajero, la creencia en una accesibilidad sencilla a la historia, así como la búsqueda de la identidad regional, nacional o europea, es decir, de las raíces que cada vez aparecen más lejanas, y por eso más atractivas, en un mundo globalizado. Al fin y al cabo, la extensión de cualquier tipo de lectura debe ser bienvenida siempre que no se tome el rábano por las hojas, o sea que no se confundan, como puede ocurrir en este caso, las categorías de lo ficticio y lo histórico.

Universidad Complutense

²² Vid. S. Sanz Villanueva, pp. 358-367.